

LAS "FUENTES" DEL PIRRONISMO DE MONTAIGNE.

En conmemoración del IV centenario de la muerte de Michel de Montaigne.

Martín González Fernández.

Universidad de Santiago de Compostela.

[*Abstract:* Análisis de los argumentos "espúreos" a la tradición pirrónica clásica que Montaigne recoge en sus *Ensayos* para reforzar los argumentos "técnicos" del escepticismo histórico que él mismo asume en esta obra. Breve sinopsis, exposición y catalogación de dicha "tópica".]

I) INTRODUCCION.

No pretendemos en el presente trabajo realizar un análisis en profundidad de las fuentes, primarias y secundarias, que Montaigne utiliza para elaborar su ideario pirrónico. Para ello puede consultarse, por ejemplo, el ya clásico estudio de P. Villey. Partimos, por supuesto, de que éste (el pirronismo) es el eje que vertebra todo el pensamiento de sus *Ensayos* (1580,1588, y anotaciones "póstumas" conservadas en el "Ejemplar de Burdeos"). Aunque sí nos proponemos examinar cuidadosamente algunos argumentos (las "fuentes", por lo tanto, en el sentido de los "elementos" o "materiales") que constituyen dicho "pirronismo", en base a una lectura atenta de la "Apología de Raimundo Sebunde" (Cap. XII del Libro II de los *Ensayos*), su "manifiesto filosófico" (y escéptico) por excelencia. Manejaremos, a tal efecto, la clásica edición francesa del texto a cargo de Rat y Thibaudet (Paris, Gallimard, 1962) y la versión castellana de Juan G. de Luaces (Barcelona, Iberia, 1968).

En el ensayo mencionado, el bordelés distribuye el material en dos grandes apartados (algo que parece haber pasado inadvertido a la crítica): I) en el primero compila toda una serie de elementos "ajenos" ("espúreos") a la tradición

pirrónica originaria (aunque, en el curso de los siglos, añadidos "ilegitimamente" a ella); y, II), en el segundo, hace una clarificadora exposición de los argumentos "técnicos" del escepticismo "histórico" (los argumentos, realmente, "legítimos").

II) ARGUMENTOS "TÉCNICOS" DE LA TRADICIÓN PIRRÓNICA.

Del grupo II no nos ocuparemos aquí. Diremos tan sólo que constituyen, básicamente, un resumen apretado del Libro I de las *Hypotyposes Pyrroniarum* de Sexto Empírico, editado en la época en Francia por Hervet y Estienne (1562 y 1569). Este tipo de argumentos son los que el bordelés recoge y agrupa, precisamente, en la parte final de la "Apología". Se hace allí, siguiendo la más genuina tradición pirrónica, una distinción en tres clases de escuelas de filosofía (dogmática, escéptica o pirrónica y académica), se subraya el papel esencial que juegan en el ideario nociones como las de "isostheneia", "epojé" o "ataraxía", le dedica un apartado especial a las "fonaciones" pirrónicas (incluida la importantísima del "oude mallon"), establece una clara distinción entre dicho ideario y el escepticismo neo-académico, se hace eco de la "heracliteización" a que Enesidemo parece haber sometido su pirronismo (y que Montaigne asume), y, fundamentalmente, una exposición ilustrada de los diferentes "tropos" (diez) de Enesidemo y "modos" (cinco) de Agripa contra sentidos y razón. Llama la atención, por ejemplo, la importancia que se le da al argumento de la "relación" ("pros tí"). En otros capítulos de los *Ensayos*, en el *Diario de Viaje* e incluso en la vida cotidiana (recuérdese las diferentes "sentencias" que esmaltan las vigas de su gabinete de trabajo en la torre de Montaigne, su

propia divisa filosófica, el "Que sçais-je?", o la emblemática de su blasón de armas: balanza y la inscripción del "ejepejo"), el bordolés no hará sino incrementar y alimentar esta "profesión de fe" pirrónica. Y, por cierto, nos ofrece un retrato de Pirrón de Elis, el fundador de la escuela, reñida con aquella instantánea que nos presentaban Diógenes Laercio o Luciano de Samosata (Pirrón sería una mezcla de asceta y patán incoherente), y que muy bien pudiera entenderse como un "autorretrato" de este revitalizador del ideario en el Renacimiento que fue Montaigne (junto a Sánchez el "Escéptico", Agrippa de Nettesheim o Gianfrancesco Pico). Así nos dirá el bordolés: "(a) Por eso no acomodo a tal forma de vivir lo que se cuenta de Pirrón. En efecto, nos pintan a éste como estúpido e insociable, además de inmóvil, esperando ser atropellado por los carros, no apartándose de los precipicios, rehusando el acomodarse a las leyes. Pero no creo, según su disciplina, que quisiera convertirse en piedra o tronco; antes me parece que quiso ser hombre viviente, discurriendo y razonando, gozando de todos los placeres y comodidades naturales y sirviéndose, del justo modo, de sus partes corporales y espirituales. En cambio, los privilegios imaginarios, fantásticos y falsos que el hombre se arroga fueron de buen grado abandonados por él" (II, xii, p. 154). Lo que demuestra, una vez más, que su escepticismo no es una etapa más en la evolución de su pensamiento, mera pose o fruto del prurito erudito de un humanista diletante. Es, por el contrario, posición filosófica firme y definitiva, radicalmente asumida y realmente un auténtico "arte de vivir".

III) ARGUMENTOS "ESPÚREOS" A LA TRADICIÓN PIRRÓNICA.

Centraremos nuestra atención, por el contrario, en el grupo I de argumentos; que Montaigne retoma de aquí y de allá, situa básicamente en la primera parte de la "Apología" y a los que, creemos, da una importancia más secundaria.

Clasificación o catalogación de los nuevos "tropos" o motivos literario-filosóficos "espúreos" ("tópica") convergentes con la tradición escéptica originaria:

1) "**Fideísmo**": Se pueden citar diversos pasajes en este sentido. Aludiremos, tan sólo, a los más significativos. Nuestra razón es ciega y tullida para comprender lo más simple, ¿cómo podría, entonces, entender lo complejo, las verdades de la fe, por ejemplo?, se preguntará el bordelés. Nuestra sabiduría no es sino locura a los ojos de Dios. La mundana sabiduría tan sólo es vanidad. Vanidad de vanidades. Nada más ridículo que el hombre al considerarse un ser privilegiado, rey y amo del Universo, único intérprete y destinatario posible de la Creación. ¿Quién le ha otorgado tal credencial? "(c)... Es menester ir más allá y probar que para convencer a los incrédulos no hace falta aducir ejemplos tan raros, puesto que la humana razón es tan tullida y ciega, que no ve ni lo más sencillo y claro. Lo difícil y lo fácil, en efecto, son para ello lo mismo, y la Naturaleza en general rechaza la jurisdicción y entrometimiento del hombre. (a) ¿Qué nos predica la Verdad cuando nos predica? Que huyamos de la mundana filosofía; que nuestra sabiduría sólo es locura ante Dios; que de todas las vanidades la más vana es el hombre; que éste, que presume de su saber, no sabe ni lo que el saber es; que el hombre, que no es nada, aunque piense ser algo, se engaña y seduce a sí mismo. Estas sentencias del Espíritu Santo expresan tan neta y vivamente lo que quiero sostener, que ya no necesitaría más pruebas contra quienes se rindieran con sumisión y obediencia a la autoridad divina, pero éstos quieren

verse fragelados a sus propias expensas y no consienten que se combata su razón sino con ella misma (.) Consideremos, pues, ahora al hombre solo, sin socorro ajeno, únicamente armado de sus propias armas y desprovisto de la gracia y conocimiento divinos que forman su honor y fuerza y el fundamento de su ser. Veamos qué tiene de valor en tan rico equipo. Háganseme entender, según raciocinio, en qué fundamentos ha erigido el hombre esa gran ventaja que piensa tener sobre las demás criaturas, y dígaseme quien le ha persuadido de que se han creado para su comodidad y servicio cosas como el admirable movimiento de la bóveda celeste, la eterna luz de los luminares que orgullosamente brillan sobre su cabeza y los espantosos movimientos del mar infinito, con todo lo demás así establecido y que perdura desde hace tantos siglos. ¿Es posible imaginar nada tan ridículo como que esta infeliz criatura, que ni siquiera es dueña de si misma y está expuesta a las ofensas de todo y de todos, se diga dueña y emperatriz del Universo a pesar de que no está en su mano conocer la menor parte del mismo, y mucho menos imperar sobre él? Se atribuye al hombre el privilegio de ser en esta gran obra el único capaz de reconocer su belleza y único capaz de concebir el orden y la utilidad del mundo; mas, ¿quién le ha otorgado tal prerrogativa? ¡Que nos muestre las credenciales de ese grande y alto cargo!" (II, xii, p. 103-4). Como se observa, en el conjunto del planteamiento, se aprecia la influencia nominalista (luego confirmada en otros lugares), por un lado, y el recurso a las sentencias bíblicas (en este caso, se alude implícitamente al *Eclesiastés* y a San Pablo).

Las citas en este sentido podrían multiplicarse. En otros lugares se insiste en que la primera ley que dió Dios al hombre fue la de la obediencia y sólo la insana avidez de saber y conocimiento ha llevado a éste al estado de locura e insensatez que le caracteriza. La peste del hombre es saber y, por eso, la

religión nos recomienda la ignorancia (Cfr. II, xii, p. 467). Montaigne, para resaltar este aspecto, echando mano a la literatura sagrada y a la clásica, lo adorna con toda clase de imágenes o símbolos: la tentación de Adán al comer la manzana del árbol del bien y del mal, la tentación de Ulises por las sirenas, etc. El acervo cultural del "humanista" Montaigne ayuda a enriquecer la idea. En otros pasajes vuelve sobre los mismos tópicos. Se hace un elogio de la humildad y de la ignorancia como condiciones idóneas para recibir la Verdad revelada. La corrupción del hombre viene de sus ansias de saber, y también de allí proviene su condena. "(a) La incivilidad, la ignorancia, la simpleza y la rudeza se suelen acompañar de la inocencia. En cambio, la curiosidad, la sutileza y el saber suelen llevar la malicia detrás. La humildad, el temor, la obediencia y la bondad, que son las partes principales para la conservación de la sociedad humana, exigen un alma abierta, dócil y poco presuntuosa de sí misma. Los cristianos tienen particular conocimiento de que la curiosidad es mal natural y original del hombre. El querer aumentar en saber y ciencia fue la primera ruina del género humano, y por allí se precipitó a su condenación eterna. El orgullo entraña la pérdida y corrupción del hombre, le aleja de lo común y le inclina a las novedades, haciéndole preferir ser jefe de una tropa errante y extraviada en el sendero de la perdición y proceder como maestro de yerro y mentira, a vivir como discípulo de la escuela de la verdad, dejándose llevar por manos ajenas en la vía recta y trillada. Como dice la sentencia griega, la superstición sigue al orgullo y le obedece cual a su padre" (II, xii, p. 147-8). No son, como cabría esperar, los únicos textos en este sentido. A propósito de la vanidad y locura del saber humano, alude en otro momento, por ejemplo, a la imagen bíblica de la Torre de Babel. El hombre tiene que reconocer que sólo por azar accede a la verdad y ni así tiene criterio para saberlo con certeza. Ya

que, cuando ésta le viene a la mano, no tiene forma de asirla y garantizar su reconocimiento. Todo lo que es engendrado por nuestra suficiencia y discurso, sea cierto o no, está sometido a incertidumbre y perpetuo debate. Para castigo de nuestro orgullo y ejemplo de nuestra miseria, necedad e incapacidad produjo Dios la agitación, turbación y confusión de la Torre de Babel. La confusión, por supuesto, para él, todavía pervive (Cfr. II, xii, p. 535-6). Se podrían mencionar otros pasajes.

2) **Recurso a las sentencias bíblicas:** Ya hemos indicado con anterioridad que el bordolés alude a diversos tópicos de condena a la sabiduría humana que aparecen en la Biblia, tanto en el Antiguo como en el Nuevo Testamento. Se podrían mencionar otros lugares en los que Montaigne recurre a este tipo de materiales. Así, por ejemplo, cuando nos recuerda aquella sentencia del *Eclesiastés*, según la cual "en mucha sabiduría, mucho displacer" y "quien adquiere ciencia, adquiere trabajo y tormento" (*Ecl.*, I, xviii; Cfr. II, xii, p. 475). En ocasiones, estas apelaciones a los Textos Sagrados, se entremezclan con citas de Padres de la Iglesia, especialmente de San Agustín; como puede apreciarse, por ejemplo, en el siguiente pasaje: "(a) La palabra santa tiene por infortunados a aquellos de nosotros que se estimen a sí mismos. '¿De qué te glorificas, oh barro y ceniza?', nos pregunta. Lo mismo da que seamos capaces de concebir la grandeza de Dios; pues las obras de nuestro Creador, las que más llevan su marca, las más suyas, son las que entendemos menos. Empero, a los cristianos el encontrar una cosa increíble debe darles más ocasión de creer. Es más ajustado a la razón lo que niega la razón humana, (b) porque si fuese según ella, no sería milagro, y si se atuviese al ejemplo común, dejaría de ser singular. (c) *Melius scitur deus, nesciendo*, dijo San Agustín" (II, xii, p. 148). El texto, por cierto, prosigue con citas de los "paganos" Tácito, Platón,

Cicerón y Lucrecio en las que, en la línea apuntada en la cita de San Agustín, se subraya lo difícil que es conocer al artífice del Universo y lo imposible que resulta el expresar cosas inmortales e intangibles mediante términos limitados y caducos. Por cierto, en el pasaje recogido, se aluden a dos citas, del *Eclesiástico* (X, 9) y el *Eclesiastés* (I, 7), respectivamente, que Montaigne reproduce también en las vigas de su famosa "Biblioteca", Librería o despacho de la Torre de su castillo (Sentencias nº 35 y 40 en la catalogación de Thibaudet y Rat, p. 1423-4). No serán las únicas citas del Antiguo y Nuevo Testamento que hará grabar Montaigne en el techo. Del Antiguo, básicamente del *Eclesiastés*, serán además las sentencias nº 1, 2, 4, 7, 12, 13, 21, 23, 29, 33, 36, 40, 42 y 48; del Nuevo, sobre todo de las Cartas de San Pablo a Romanos y Corintios, son las nº 17, 24, 25 y 26. En todas ellas se encuentra una marcada inflexión "escéptica". El hombre debe contentarse con lo que tiene y despreocuparse de lo demás, Dios le ha dado el deseo de conocer para atormentarlo, todo lo que está bajo el sol tiene la misma fortuna y ley, cualquier demente supera al que se pretenda sabio en sensatez, nadie conoce la obra de Dios, el hombre nunca debe pretenderse sabio a sus ojos, nadie sabe si le conviene una cosa o la contraria, no se debe ser más sabio que de lo necesario (a riesgo de volverse estúpido), el hombre que presume de su saber no sabe todavía lo que es el saber, se equivoca el hombre (que no es nada) que cree saber algo, las cosas son demasiado difíciles para que podamos entenderlas, todo es vanidad, el hombre no es sino tierra y ceniza, Dios le ha hecho semejante a la sombra, todo se desvanece como el viento, los juicios y designios de Dios son inescrutables, etc.; todas estas sentencias, como se advierte, confluyen con la argumentación escéptica en torno a la incapacidad del hombre para alcanzar la verdad.

3) El género del *Contemptus mundi*: En algunos pasajes de la "Apología" se percibe la impronta de este género, influencia sin duda de Boaistuau y otros autores contemporáneos de Montaigne. Mencionaremos únicamente un solo texto; por lo demás, muy significativo. "(a) La presunción es nuestro mal natural y original. La más calamitosa y frágil de todas las criaturas es el hombre, y a la vez la más orgullosa. Se siente entre el fango y el estiércol del mundo; se halla atado y clavado a la peor y más muerta y vil parte del Universo; se nota en el piso más hondo de la casa u el más alejado de la bóveda celeste, conviviendo con los animales de más mezquina condición; y, no obstante, imaginativamente, se planta encima del círculo de la Luna y pone el cielo bajo sus pies. Por la vanidad de esa misma fantasía se iguala a Dios, se atribuye las condiciones divinas, se escoge y separa de las demás criaturas, arranca las partes propias de los animales, sus cofrades y compañeros, y les atribuye las porciones de facultades y fuerzas que le parece bien. ¿Cómo puede, empero, conocer su inteligencia los internos y secretos impulsos de los animales? ¿Por qué comparación de ellos a nosotros concluye el hombre la necedad que les atribuye?" (II, xii, p. 106).

Montaigne recurre a estos estereotipos del género, creemos, para neutralizar toda la retórica de las "oraciones acerca de la excelencia y dignidad humana" de los Giovanni Pico della Mirandola, Ficino y otros neoplatónicos. Todos aquellos que, en sus escritos, hacían del hombre la "cópula" y "nudo" del Universo. Quiere cuestionar la noción misma de "microcosmos", tal como era entendida por los autores neoplatónicos. Pero, en su fuero interno, por supuesto, no comparte las ideas del Cardenal Lotarius o de Boaistuau. Lo que nos ayuda a comprender un poco mejor la naturaleza o condición puramente "retórica" que tienen con frecuencia estos

elementos que estamos analizando. Que esto es así, para el caso concreto que estamos examinando, lo comprobamos enseguida al avanzar en la lectura de la "Apología" cuando, pocas páginas adelante, encontramos una jugosa reflexión en la que se cuestiona tanto los excesos de los defensores del género del *Contemptus mundi* como de aquellos neoplatónicos que, en sus "oraciones", exaltaban indebidamente al sujeto humano. "(a)...Veamos esas quejas vulgares que suelen proferir los hombres contra la Naturaleza, ora elevándose, en virtud de la licencia de sus opiniones, más que las nubes, ora hundiéndose hasta las antípodas. Tales quejas consisten en decir que somos el único animal abandonado y desnudo sobre la desnuda tierra, y que estamos por ello atados y agarrotados..." (II, xii, p. 110).

4) **El tópico de la "vida es sueño"**: Tópico que aparece en Homero, Heráclito y otros, ya en la Antigüedad clásica y de tanta fortuna en el barroco europeo. Montaigne lo reproduce e integra en su dispositivo crítico de cuestionamiento de las capacidades humanas de conocimiento. El bordolés probablemente lo toma directamente de Cicerón. "(b)Quienes compararon nuestra vida a un sueño quizá tuviesen más razón de lo que pensaban (...) (c)Velamos durmiendo y dormimos velando. Yo no veo con claridad mientras sueño, pero tampoco hallo pura y sin nubes la vigilia. En ocasiones el dormir profundamente disipa los sueños, mientras nunca nuestra vigilia es tan despierta que desvanezca las fantasías, que son peores que los sueños. Nuestra razón y nuestra alma acogen las ideas y opiniones que reciben durmiendo y autorizan los actos de nuestros sueños con aprobación semejante a la que dan a los de nuestra vela. ¿Por qué, pues, no sometemos a duda si nuestro pensar y obrar será otro soñar, y si nuestro velar no será una especie de dormir?" (II, xii, p. 239-40).

5) **La comparación del hombre con los animales o el tema de la "racionalidad" de los brutos:** Es éste un tema que surge en la época helenística y se hace eco de él también, aunque de forma muy tangencial, el propio Sexto Empírico. Montaigne lo retoma aquí; básicamente, a través de Plinio, Plutarco y los grandes "naturalistas" de la Antigüedad. Es un tema, además, que le fascina y que va a desarrollar por extenso en la "Apología" (pero también en otros "ensayos"). Dos notas, a nuestro entender, sobresalen en la reflexión del bordelés sobre la cuestión (reflexión que abarca las páginas 429-466): a) Por un lado, Montaigne, frente a las pretensiones de aquellos que consideran al hombre como rey y señor de la Creación y lo creen superior a todos los niveles al resto de las criaturas y con derecho, por tanto, a dominarlas; nos habla de las "excelencias" de los brutos: cualidades artísticas (urbanismo, música, arte, artes escénicas, danza, etc.), socio-políticas (solidaridad, sentido de la convivencia y economía, etc.), físicas (fuerza, valor bélico, proporcionalidad y belleza corporal, etc.), morales (fidelidad, magnanimidad, sentido de la clemencia y justicia, compañerismo, amistad, gratitud, etc.) e intelectuales (capacidad para el lenguaje y entendimiento, capacidad lógica y de raciocinio, dominio de determinados saberes --construcción, música, matemáticas, meteorología, medicina, etc.--, ingenio y picardía, sentimientos religiosos, etc.); supertando al hombre en muchas de ellas. Según este osado planteamiento del bordelés, frente a los animales, el hombre sólo tendría el dudoso "privilegio", como partes propias, de "la inconstancia, la irresolución, la incertidumbre, el duelo, la superstición, la inquietud de porvenir, incluso después de nuestra vida, la ambición, la avaricia, los celos, la envidia, los apetitos desarreglados, locos e indomables, las guerras, la mentira, la deslealtad, la curiosidad y el robo". "(a) El buen discurso de que

nos gloriamos, y la capacidad de juzgar y conocer, los hemos adquirido al precio de ese infinito número de pasiones con las que luchamos incesantemente" (II, xii, p. 136)
, dirá con ironía incontenida. Con todo, tampoco aquí el tono del discurso de Montaigne es exactamente el del género de los "Contemptus mundi". b) Porque, en efecto, lo que quiere el bordolés, incluidos sus excesos verbales e injuriosos en relación a la humana condición, es mostrar que unos y otros, hombres y animales, en el fondo, están regidos por una única e idéntica ley, que gobierna el Universo entero; y, ante ella, todos son realmente iguales.

Un pasaje que, creemos, unifica estos dos aspectos indicados, podría ser el que sigue: "(a) En la mayor parte de las obras de los animales podemos ver cuánto nos aventajan en excelencia y con cuánta tosquedad los imita nuestro arte. Si en nuestras obras más groseras advertimos las facultades que les dedicamos y entendemos que nuestra alma aplica a ellas todas sus fuerzas, ¿por qué de los animales no pensamos igual? ¿Por qué nos atribuimos a no sé qué inclinación natural y servil sus obras, que sobrepasan cuanto podemos hacer los hombres por naturaleza y artificio? Y aún damos a las bestias, sin querer, gran ventaja sobre nosotros al suponer que la Naturaleza, con maternal dulzura, las acompaña y guía, como de la mano, a todas las acciones y comodidades de su vida, mientras a nosotros nos abandona al azar y la suerte y nos hace buscar con nuestra industria las cosas necesarias a nuestra conservación. Además, vemos que nos rehúsa a veces los medios de llegar, a pesar de toda nuestra educación y concentración de espíritu, a la natural capacidad de las bestias, de manera que la brutal estupidez de éstas supera en hechos prácticos a cuanto puede nuestra divina inteligencia. A tal cuenta, razón tendríamos para llamar a Natura injusta madastra nuestra; pero no es así, pues

nuestro orden no tiene tanto de deforme y desarreglado como parece" (II, xii, p. 109).

6) **Virtud versus Verdad:** Es éste un tema omnipresente en los *Ensayos* de Montaigne. Enmarcado, por supuesto, en el contexto "escéptico" que estamos desentrañando aquí. Aunque, curiosamente, en la "Apología", frente a otros ensayos, aparece poco desarrollado. Algunas pinceladas, con todo, lo dejan entrever. La cuestión central es que, para el bordelés, es preferible la virtud al saber, la rectitud de comportamiento a la erudición y pedantería. Por eso, en algún momento, nos dirá que "(b) He conocido cien artesanos y cien labradores más felices que si fueran rectores de universidad, y preferiría asegurarme a ellos que a los otros" (II, xii, p. 137). Nos dirá en otra ocasión: "(a) En cuanto a los efectos, mil mujerucas que hay que viven en sus aldeas una vida más uniforme, dulce y contante que la que Cicerón vivió [se alude a Cicerón, en boca del cual, líneas más arriba se había puesto un elogio de las Letras]" (II, xii, p. 139). En otros lugares se contraponen el letrado (absorto en las "fabulaciones" de la Ciencia) con el labrador que se atiene a la experiencia (Cfr. II, xii, p. 470).

El tema había sido muy debatido en la Antigüedad y en el Medievo. Hasta el bordelés ha llegado, sin duda, el eco de estas polémicas. Recuérdese, por ejemplo, que es el tema central del *De sui ipsius et multorum ignorantia* (1367) de Francesco Petrarca; opúsculo en el que se hace una "apología de la ignorancia" desde este supuesto, a partir de Platón y de San Agustín, y contra los averroistas paduanos. Montaigne renueva esta vieja tradición en diversos lugares de su obra. Así, por ejemplo, en el Cap. XXV del Libro I, "Du pedantisme" (p. 132-43) o en el Cap. XXVI del mismo libro, titulado "De l'institution des enfans" (p. 144-77). No son, por supuesto, los

únicos ensayos en que aparece. Como muestra podemos citar un pasaje del Cap. XVII del Libro II, "De la praesumption",: "(a) Vuelvo aquí a mi viejo tema de la ineficacia de nuestra educación, que no quiere hacernos buenos y prudentes, sino sabios. Así, no nos enseña la virtud y la discreción, y sí su derivación y etimología. Sabemos analizar la virtud y no sabemos amarla. Ignoramos por efecto y experiencia la prudencia, pero la conocemos verbalmente y de memoria. Empero, respecto a nuestros vecinos no nos contentamos con saber su raza, alianzas y parentescos, sino que deseamos su amistad, trato y comprensión. La ciencia nos informa de las definiciones, divisiones y particiones de la virtud como de los apellidos y ramas de una genealogía, sin preocuparse de establecer entre ella y nosotros familiaridad e intimidad. Para nuestra instrucción la ciencia no escoge los libros más sanos y verdaderos, sino los que se expresan en mejor griego y latín; y con sus hermosas expresiones nos han infiltrado en la mente las inclinaciones más vanas de la antigüedad" (II, xii, p. 294). En todos estos textos, a la contraposición entre amor y verdad, se van sumando otros tópicos igualmente clásicos. Como aquel "lugar común" según el cual los pueblos se corrompen a medida en que empiezan a despuntar y destacar en ellos las Letras. Se contraponen, por ejemplo, la "virtuosa" Esparta a la "sabia", pero decadente, Atenas dominada por retóricos y sofistas, o la Roma republicana de los primeros tiempos a la corrupta Roma imperial de los últimos siglos, en la que corren paralelas relajación de costumbres y proliferación de las Letras. El saber es fuente de mucha perversión y debilitamiento moral. Son temas que luego, como sabemos, retomará J.J. Rousseau (citando al bordelés) en su "Primer Discurso a la Academia de Dijon" sobre las nefastas consecuencias que para la civilización acarrearán las artes y las ciencias. No queremos detenernos en esto. Aunque sí precisar que Montaigne tiende a

disociar este tópico, sin conseguirlo siempre (como, por ej., en II, xii, p. 143), de otro tópico literario clásico también muy difundido: la contraposición entre las "armas" y las "letras".

7) **Apología de la "Ignorancia" y del "estado de Naturaleza"**: Es este un tema o tópico muy elaborado en Montaigne. Completa al anterior y, a la vez, será enriquecido por el que a continuación aludiremos. Hay, en su desarrollo, un conjunto de conexiones muy sugerentes que aquí tan sólo podemos apuntar a vuela pluma. Por ejemplo, ya no es que esté íntimamente ligado al tema de la defensa de la virtud frente al saber o a la defensa de la "docta ignorancia" (como en el apartado siguiente se verá); sino, también, a los temas del fideísmo y los referentes bíblicos mencionados más atrás, en tanto que apología de los "simples"; o, por poner otras tres o cuatro ramificaciones, al tópico de la Edad de Oro (al que el bordolés alude en la "Apología"), a la preocupación de Montaigne por la "salud" corporal, a su admiración por el "paysan" (el rudo hombre de campo frente al refinado cortesano) o al tema del "buen salvaje" (muy elaborado en su obra).

Algunos pasajes de la "Apología" nos servirán de apoyo para subrayar algunos de estos diferentes aspectos. La vida apacible, el ideal escéptico de "serenidad de espíritu" (en el que el bordolés está pensando), es identificada con la sencillez y la inocencia. "(a) La vida, con la sencillez, se hace más agradable, y también más inocente y mejor, como poco antes empecé a exponer. Los simples y los ignorantes, dice San Pablo, se elevan al cielo y nosotros, con todo nuestro saber, nos hundimos en los abismos infernales. No hablaré aquí de Valentiniano, enemigo declarado de la ciencia y las letras; ni de Licinio, emperador romano como el otro, y que llamaba a tales disciplinas veneno y

peste del Estado; ni de Mahoma, que, (c) según tengo entendido, (a) prohibía toda ciencia a sus hombres; sino sólo me referiré al ejemplo del gran Licurgo. Sin duda su autoridad debe de tener gran peso, así como el mérito de la divina política lacedemonia, tan grande, tan admirable y tan largo tiempo floreciente en virtud u ventura, sin enseñanza ni ejercicio alguno de letras. Los que retornan del Nuevo Mundo, descubierto en tiempos de nuestros padres por los españoles, atestiguan que aquellas naciones, sin magistrados y sin ley, viven más lícita y ordenadamente que nosotros, que tenemos más funcionarios que hombres no funcionarios y más leyes que acciones" (II, xii, p. 146-7). Toda esta veta temática en torno al "estado natural" del hombre será desarrollada fundamentalte, sabido es, en el Cap. XXXI del Libro I, "Des cannibales" (p. 200-12) y en el Cap. VI del Libro III, "Des coches" (p. 876-93). Y, por supuesto, en otros pasajes de la misma "Apología". Como, por ejemplo, cuando apunta que la placidez de la vida y la longevidad de los habitantes del Nuevo Mundo, según él, no se debe tanto a factores climatológicos, cuanto a la serenidad y tranquilidad de sus espíritus, libres de toda pasión, pensamiento u ocupación intensa y desagradable: "(c) comme gens qui passoyent leur vie en une admirable simplicité et ignorance, sans lettres, sans loy, sans roy, sans religion quelconque" (II, xii, p. 471). Se vuelve sobre ello en otros lugares.

8) La "mitificación" de la figura de Sócrates y apología de la "docta ignorancia": La postura de Montaigne en relación a la figura de Sócrates es bastante ambigua. Le ensalza en ocasiones e , irónicamente, le vitupera en otras. Si bien, en la "Apología", nos lo presenta como una "autoridad" más, una de las más relevantes, para respaldar su actitud o talante "escéptico". En dos momentos muy puntuales se le menciona en este sentido. "(c) ¡O presunción eterna, cómo

complicas todo! Cuando Sócrates supo que el dios de la sabiduría le otorgaba el nombre de sabio, quedó perplejo. Indagando y buscando, no hallaba fundamento alguno de aquella decisión divina, porque conocía personas más justas, temperantes, valientes, tan sabias como él y más elocuentes y aún más buenas y útiles al país. Al fin determinó que no era sabio sino porque no se tenía por tal. Así el dios estimaba necedad singular en el hombre el creerse conocedor y entendido, y la mejor doctrina parecía la de la ignorancia y la sencillez" (II, xii, p. 148).

En otro pasaje se insiste en que Sócrates, "el hombre más sabio que nunca ha existido", dijo, interrogado sobre qué sabía, que sólo sabía que nada sabía; y, en su práctica cotidiana, demostraba este aserto según el cual la mayor parte de lo que sabemos es menor de aquello que ignoramos, o, dicho de otro modo, que lo que pensamos saber es una "pieza", "y harto diminuta", de nuestra ignorancia (Cfr. II, xii, p. 480-1). Montaigne retoma la cuestión directamente de Cicerón. Aunque ha leído también el Platón de Ficino y conoce las obras de Nicolás de Cusa, que compra en su viaje a Alemania, Suiza e Italia, según nos confiesa en su *Journal de Voyage*. Este tema de la "ignorancia docta" (tan exhaustivamente tratado por Pedro J. Chamizo Domínguez en su monografía sobre nuestro autor), reaparece en otros ensayos. Tiene especial relevancia su formulación en el Cap. LIV del Libro I, titulado "Des vaines subtilitez". Allí se hace una distinción entre la "ignorance abecedaire" (que se halla antes de la ciencia) y la "ignorance doctorale" (que viene después de ella, ignorancia que la ciencia hace y engendra, a medida que deshace y destruye la primera). La una corresponde a los espíritus simples y la otra a los letrados o ilustrados. Y, con todo, hay una tercera vida, una vía intermedia, la de la "docta ignorancia" que Montaigne practica (aunque, probablemente, poco tenga que ver con la socrática y

neoplatónica que el Cusano exalta), más próxima en todo caso (en el fondo) al primer tipo que al segundo (aunque se asemeje a éste en la forma). En efecto, nos dice el bordolés: "(c) Los sencillos campesinos son gentes honradas, y asimismo los filósofos, o, como los llamamos ahora, las naturalezas vigorosas y clarividentes, dotadas de una vasta instrucción de ciencias útiles. Los intermedios, que no están en la ignorancia prístina ni han llegado al conocimiento real, puede decirse que tienen las posaderas en dos sillas a la vez. Yo soy de éstos, y muchos más lo son. Tal clase de personas, peligrosas, importunas e ineptas, son las que perturban al mundo. Por eso, en todo lo que puedo, procuro atenerme al primer lugar, que es el de los ignorantes, y esfuérmome en no salir de él" (I, liv, p. 254).

9) **Argumento de "autoridad"**: Sócrates no es, por cierto, la única figura que, según la tradición escéptica, habría anticipado la actitud que defenderán pirrónicos y académicos. El argumento de "autoridad" es muy socorrido por ambas variantes del escepticismo y a él aluden Cicerón, los pirrónicos Filón de Atenas y Teodosio (según Laercio), Sexto Empírico y el propio Diogenes Laercio, entre otros.

Montaigne se refiere a él, tanto en la "Apología", como luego veremos puntualmente, como en las sentencias que recoge en las vigas de su biblioteca. La tesis del bordolés en este punto es extrema; ya que nos viene a decir que, en realidad, pese a que, según la clasificación de sectas realizada por Sexto Empírico, en dogmáticos, académicos y pirrónicos, incluso los primeros, los filósofos dogmáticos, desde Heráclito hasta Aristóteles, practicaron en su fuero interno la duda. Multiplican la curiosidad en sus escritos para, cree el bordolés, encubrir la ignorancia. Resulta chocante, por ejemplo, leer en la "Apología"

que el Estagirita, el príncipe de los dogmáticos, en realidad, ejercita "un pirronismo oculto bajo forma determinativa". Veamos el pasaje: "(a) Y es el caso que éste [Aristóteles], aunque príncipe de los dogmáticos, nos dice que el mucho saber da más ocasión de dudar, a la vez que se le ve a menudo cubrirse adrede de tan espesas e inextrincables oscuridades que no se sabe a qué parte de su opinión atenerse. Con ello nos hallamos ante un pirronismo oculto bajo forma determinativa" (II, xii, p. 156; Montaigne toma esta última expresión del *Propos de table* [VIII, x] de su bienamado Plutarco en la edición de Amyot).

Y, por supuesto, no faltan en su lista de precursores del escepticismo los nombres de Anaxágoras, Metrodoro de Quio, los eléatas, etc., entre los filósofos, y los poetas y autores trágicos (de Homero y Hesiodo hasta Eurípides), que, literalmente, comparan la vida del hombre al "sueño", la consideran "sombra falsa y vana", "humo", "viento", etc. (Cfr. II, xii, p. 487-92). Muchas de las sentencias de la biblioteca de Montaigne, por lo demás, no tienen otra intención. Se recogen allí sentencias (en griego y latín) de Estobeo (nº 3 y 18), Sófocles (nº 5 y 8), Lucrecio (nº 9, 11 y 31), Eurípides (nº 10, 28, 43 y 46), Platón (nº 15), Herodoto (nº 19), Marcial (nº 20), Terencio (nº 22), Jenófanes (nº 27), Homero (nº 30), Persio (nº 32), Lucano (nº 34), el contemporáneo Michel de L'Hopital (nº 39), Plinio (nº 41), Menandro (nº 44), Epicteto (nº 45), Horacio (nº 47), al margen de las citas tomadas de Sexto Empírico y algunas anónimas. En todas ellas se aprecia, como había ocurrido en el caso de las sentencias bíblicas, una marcada orientación escéptica: la vida es más dulce cuando no se piensa en nada, somos como fantasmas o ligeras sombras, la vida es breve, al que se tiene por gran hombre cualquier incidente vendrá a demostrarle lo contrario, somos una parte ínfima e

insignificante en el Universo, el hombre es como arcilla, la superstición sigue al orgullo como a su padre, Dios no permite a nadie que se enorgullezca de sí, ningún hombre ha sabido si sabrá nada cierto, ¿quién sabe si el vivir no es un morir, y viceversa?, se puede afirmar algo en un sentido y en el contrario, ¡qué inanidad existe en las cosas!, guardar la medida, observar el límite y seguir la naturaleza, disfruta del presente, nuestro espíritu vaga en las tinieblas y no puede (ciego como es) discernir lo verdadero, no hay nada más cierto que la incertidumbre y nada más miserable y arrogante que el hombre, cada uno tiene sus preferencias, la opinión que tú tienes de tu importancia te perderá porque te crees alguien, los hombres están atormentados por la opinión que tienen de las cosas y no por las cosas mismas, es bueno que los mortales tengan pensamientos que no se eleven por encima de lo humano, ¿por qué fatigar tu espíritu con proyectos eternos que lo sobrepasan?, *juicio alternante*, etc. (Cfr. "Les sentences peintes dans la 'Librairie' de Montaigne", p. 1419-1425); y todos los autores que las anuncian, por tanto, son considerados por el bordolés como anticipadores del ideario escéptico (que él asume) o afines, al menos, al mismo.

"TOPICA" DEL PIRRONISMO EN MONTAIGNE

"Tropos" genuinos (Tipo II)

I) Tropos de Enesimemo:

- 1) Diversidad de animales
- 2) Diversidad de hombres
- 3) Diversidad de sentidos
- 4) Circunstancias
- 5) Posiciones, distancias, lugares
- 6) Mezclas
- 7) Cantidades y composiciones
- 8) Relación
- 9) Frecuencia y rareza
- 10) Diversidad de costumbres, leyes, opiniones, etc.

II) Modos de Agripa:

- 1) Discordancia.
- 2) Regresión al infinito
- 3) Relación
- 4) Postulado o hipótesis
- 5) Diadelo o círculo vicioso.

"Tropos" espúreos (Tipo I)

- 1) Fideísmo.
- 2) Recurso a sentencias bíblicas.
- 3) Género del *Contemptus mundi*.
- 4) Tópico de la "vida es sueño".
- 5) Comparación de hombres y animales o la "racionalidad" de los brutos.
- 6) Virtud *versus* Verdad.
- 7) Apología de la "Ignorancia" y del "estado de Naturaleza".
- 8) La "mitificación" de la figura de Sócrates y apología de la "docta ignorancia"
- 9) Argumento de "autoridad"

IV) CONCLUSION:

Toda esta constelación de ideas y argumentos —los argumentos del tipo I que acabamos de analizar— han surgido o han sido generados y gestados en la tradición literaria y filosófica occidental durante el periodo helenístico y medieval (Al hilo de la exposición, incluso, hemos ido datando algunos de ellos). Montaigne los incorpora a su obra a modo de "preludio". Preparan el camino, en este sentido, a los argumentos mayores y más rigurosos (a nivel filosófico), aunque tal vez menos creativos a nivel formal o literario, los del tipo II, que se recogen en la parte final de la "Apología" y en otros lugares de los *Ensayos*. De ellos nos ocuparemos en otra ocasión.

Santiago de Compostela, Diciembre, 1992.